

Néstor Perlongher: entre la poesía y la antropología

Ignacio Iriarte.

Universidad Nacional de Mar del Plata – CONICET

Resumen

Néstor Perlongher produjo una obra genéricamente diversa. Fue poeta, ensayista y narrador, colaboró en medios periodísticos, algunos de amplia tirada, y desarrolló una vida académica que podríamos considerar exitosa, primero en Buenos Aires como Licenciado en Sociología y luego en Brasil como Magister en Antropología Social. Sin embargo, en todas estas actividades se ocupó, casi exclusivamente, de un único tema: la marginalidad. En este trabajo me propongo destacar las continuidades y las diferencias que se encuentran entre dos enfoques que hizo sobre la cuestión: el de su poesía y el de su tesis de maestría, *La prostitución masculina*.

Palabras clave.

Perlongher – poesía – antropología – marginalidad – discurso

Néstor Perlongher: entre la antropología y la poesía

Néstor Perlongher fue poeta, ensayista y narrador, fue colaborador en medios periodísticos de amplia tirada y tuvo una interesante vida académica, primero como sociólogo y luego como magíster en antropología social. A pesar de que esta pertenencia múltiple lo llevó a utilizar discursos muy heterogéneos entre sí, Perlongher tomó la marginalidad casi como su único tema. Elaboró su obra con los “detrítus”, para emplear la palabra justa de Jorge Panesi (1996), y, como destaca Christian Ferrer, se ocupó del lumpenproletariado, esas cohortes del hampa que según Mikhail Bakunin “salen de sus guaridas para transformar la lucha en una fiesta amorosa” (Ferrer 1996: 187). Su poesía se concentra en lo que sale del cuerpo (sudor, lágrimas, semen, materia fecal), como si la palabra y los flujos fueran lo mismo, constancia simbólica o supuración biológica que comprueban que ese cuerpo existió¹.

¹ En la obra de Perlongher también salen del cuerpo, por ejemplo del de Eva Perón, las voces y las miradas, vocerío múltiple que entreteje la figura polifónica de Evita y cruce de miradas, deseantes, perversas o sádicas, entre esa mujer y el pueblo, entre esa mujer y las “copetudas”, entre esa mujer y el peluquero que acomoda sus cabellos y aun entre esa mujer y el practicante que embalsama su cuerpo muerto, un cuerpo que no acaba de morir, por tratarse

Este apasionado interés por las emanaciones coincide con una interpretación sobre la sociedad: en su obra aparecen lúmpenes y homosexuales como restos que secreta el cuerpo social. Los marginales, los marginados, los excluidos (judíos, deformes y homosexuales en la Alemania nazi, homosexuales y villeros en la Argentina de fines de siglo) constituyen para Perlongher los síntomas a través de los cuales elaborar una crítica a la sociedad.

Su obra, recolección de flujos que salen del cuerpo y personas que se caen de la estructura simbólica, puede comprenderse como un cuadro cubista sobre lo marginal. En la poesía, el ensayo y los trabajos académicos se ocupa casi exclusivamente de ese tema, pero lo hace desde géneros distintos, basándose en prácticas simbólicas diferenciadas. En una entrevista que le hizo Guillermo Saavedra en 1991, Perlongher establece un deslinde involuntario de estos enfoques. En un pasaje cuenta cómo escribió "El cadáver" (1980), el primero de sus poemas sobre Eva Perón. Dice Perlongher:

[A fines de 1970] Yo trabajaba haciendo encuestas. Viajaba por todo el país, iba a lugares increíbles, me metía en barrios pobres, marginales, era un contacto que me encantaba [...]. Un día, entro en una villa miseria y veo un pasillito estrecho y unos tipos en una escena extraña, con una onda terrible. Uno de los tipos me dice: "Vení, vení... entrá". Yo me moría de ganas, pero dije que no. Entonces uno de los tipos me dijo que tenía un amigo que le planchaba las camisas... que no tenían con quién estar... Yo me fui totalmente perturbado. Llegué a casa y me puse a leer una hermosa biografía de Eva Perón, llena de documentos y testimonios. Sigo leyendo y espiondo y lo que leo se empieza a mezclar con esa escena de seducción fallida que acababa de pasar. Y sale el poema (348)².

En este relato, en el que Perlongher cuenta sus aventuras como encuestador, hay cuatro maneras de acercarse a la marginalidad. En primer lugar está la experiencia directa: entrar por el pasillo y vivir una tarde con los dos hombres, cosa que Perlongher no hace. Aunque hay una connotación sexual en esa invitación, me parece importante remarcar que se trata de algo indefinido, una escena que queda difusa, lo cual le da un tinte ominoso a todo el asunto, rasgo que permite afirmar que para Perlongher la marginalidad es verdaderamente un resto, algo que cae de la estructura simbólica del lenguaje. Este corte con lo real define los otros abordajes. Por una parte está la sociología: a través de las encuestas, Perlongher recolecta datos para luego volcarlos en alguna institución, que a su vez con ellos puede proponer políticas públicas para mejorar la situación de ese sector de la ciudad. En un plano cercano está la entrevista. En ella Perlongher le cuenta a Saavedra y a los lectores la mezcla de deseo y angustia que sintió cuando el hombre lo invitó a pasar. Por último, la poesía. En el poema Perlongher no cuenta lo que le pasó, sino que toma a Eva Perón, esa mujer amada y odiada, histerizada, puesta entre Perón y la multitud como encarnación del amor del pueblo hacia el General, para experimentar en la palabra y

de un verdadero síntoma de la sociedad argentina.

² La entrevista, "Privilegio las situaciones del deseo", salió originalmente en *Clarín*, el 26 de diciembre de 1991. Cito por *Papeles insumisos* (2004).

por la palabra los deseos y los odios del lumpenproletariado³. En todos los casos (entrevista, sociología y poesía), Perlongher habla de la villa. Pero mientras que en la sociología y en la entrevista mira la marginalidad desde afuera, en la poesía pone en el centro a Eva Perón, ese verdadero síntoma de la Argentina, para encarnar, y ya no simplemente para describir, las pulsiones populares. En estos enfoques hay, asimismo, dos que se distinguen porque se oponen: el abordaje profesional de la villa y la encarnación poética de lo marginal. En este trabajo quisiera referirme, precisamente, a estos dos abordajes en particular.

En 1986 Perlongher defiende *La prostitución masculina*, su tesis de maestría en antropología social, en la Universidad de Campinas. El texto, que redactó tras radicarse en Brasil en 1981, constituye el punto álgido de su carrera universitaria. Como sucede con cualquier tesis, el escritor se atuvo a los códigos del género académico (planteó una hipótesis, un estado de la cuestión, una metodología, un desarrollo y una serie de conclusiones) para describir la prostitución masculina en San Pablo durante los primeros años '80. Perlongher demuestra que el espacio en el que se ejerce la actividad, poblado por prostitutas, clientes, lúmpenes y delincuentes menores, no es un caos, sino que está estructurado a través de un código lingüístico, conformado por 56 categorías, por ejemplo miché, tapado, modelito, mamita, travesti, significantes que ordenan los cuerpos de la prostitución según el género, la edad y el estrato social, confiriéndoles por supuesto un valor monetario a cada uno de ellos. La marginalidad, en este caso la prostitución, constituye para Perlongher el espacio en el cual se articulan de manera siempre tensa el lenguaje y el deseo.

Antes de redactar *La prostitución masculina*, Perlongher conocía bien este ámbito de los excluidos. En una Argentina y en un Brasil todavía dominados por un moralismo energicamente machista, sus placeres homosexuales lo habían llevado a codearse con la prostitución y los ilegalismos. Frecuentó los puntos de encuentro del mundo gay y los espacios de intercambio fugaces, como los baños públicos de los cines. La marginalidad es también una opción política. En 1968 entra a Política Obrera, futuro Partido Obrero, para irse años más tarde porque la agrupación se negó a pronunciarse a favor de la cuestión homosexual. Más tarde, como integrante del Frente de Liberación Homosexual, quiso con el resto de los militantes acercarse a las filas de Montoneros, pero éstos los echaron con la famosa consigna "No somos putos, no somos faloperos"⁴. *La prostitución masculina* constituye una extensión de este progresivo corrimiento político y vital hacia los márgenes de la sociedad. En la investigación, Perlongher asume en efecto el rol de "observador participante", es decir, entra al espacio de la prostitución y se hace pasar por cliente, experimentando los sabores y sin sabores de esa sórdida actividad. Perlongher, autoexcluido del Partido Obrero, rechazado por Montoneros, gay que transitaba el submundo de los contactos sexuales, metodológicamente se asume en la tesis como un marginal: callejea por San Pablo y recolecta datos contratando prostitutas, hace ciencia porque mantiene relaciones sexuales semiclandestinas. Pero, como suele decirse, la palabra mata la cosa. Cuando ha pasado cierto tiempo con algún prostituto, tiene que revelar su identidad como antropólogo, para iniciar una entrevista más ajustada a la antropología. Otro tanto sucede a nivel global: Perlongher participa de la prostitución, pero llegado un punto tiene que redactar el texto y defender la tesis ante un jurado. Independientemente de sus aportes teóricos y empíricos, *La prostitución masculina* es

³ Sobre la figura de Eva Perón en el discurso peronista, cf. Sigal y Verón (2003)..

⁴ Extraigo el dato del ensayo de Perlongher "Historia del Frente de Liberación Homosexual" (1985), recogido en *Prosa plebeya* (1997).

un acto de habla que lo transforma de excluido en sujeto de la ciencia y que convierte la experiencia vital de la marginalidad en un objeto de estudio estructurado por el saber de la universidad.

La poesía de Perlongher tiene muchos puntos de contacto con su antropología. En sus poemas también trabaja con la marginalidad, parte excluida y espacio de articulación tensa entre la palabra y el deseo. Muchos de sus textos tienen, además, un perfil que podríamos considerar etnográfico. Por ejemplo, en “El palacio del cine”, último poema de *Alambres* (1988), aparece de nuevo el mundo de la homosexualidad y el observador participante de la antropología. Escribe en la primera estrofa:

Hay algo de pringoso en ese olor
O racimo de bolas calcinadas
Por una luz que se drapea
Entre las dunas de las mejillas
El lechoso cairel de las ojeras
Que festonean los volados
Rumbo al olor del baño, al paraíso
Del olor, que pringa
Las pantallas donde las cintas
Indiferentes rielan
Guerras marinas y nupciales (1997: 100)

El poema recorre los baños de los cines, ese refugio clandestino para el intercambio homosexual, recolectando imágenes y olores. Pero la diferencia se encuentra en que en la antropología Perlongher mira los baños desde el discurso de la universidad, mientras que en la poesía abre el discurso para incorporar lo que encuentra en el baño (el olor pringoso, la marihuana y las “bolas calcinadas”), palabras y cosas mediante las cuales traduce al ámbito de la literatura el efecto corrosivo que ese mundo tiene sobre el conjunto de la sociedad.

Si en la tesis describe el síntoma desde afuera, en la poesía Perlongher pone el síntoma en primer plano. En “Moreira”, también perteneciente a *Alambres*, retoma el mundo gaucho a través de un fragmento de *Juan Moreira*, elegido con una inteligente maldad. En ese pasaje, Eduardo Gutiérrez describe la siguiente escena que se produce entre Moreria y Julian: “se abrazaron estrechamente, una lágrima se vio titilar en sus entornados párpados y se besaron en la boca como dos amantes, sellando con aquel beso apasionado la amistad que se habían profesado desde pequeños” (Perlongher 1997: 72). Perlongher sostiene que la amistad de los gauchos, sistema de alianzas que también ocupa el centro del *Martín Fierro*, se basa en una homosexualidad apenas sublimada.

En otros poemas, el síntoma es la represión de la dictadura. “El hule”, escrito contra las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, comienza con unos versos enigmáticos que se refieren a un punto en el mar. Luego coloca una alusión histórica, “Ahora desean que el olvido baje sus cortinillas de hule” (153), frase con la que se refiere a la decisión de Raúl Ricardo Alfonsín de ponerle ese profiláctico a la historia y al terror de la dictadura que se llamó “Punto Final”. La democracia se afirma gracias a que el radicalismo suprime de la palabra pública los campos de concentración. “El hule” repone esa experiencia a través de lo que en el propio poema Perlongher llama un “parrafado sudor en el sudario” (1997: 153). El párrafo, la letra escrita, no describe el síntoma, sino que es como el sudor, la sangre, los gritos, las miradas cegadas, eso que quedó latiendo de los cuerpos sin cuerpos de los desaparecidos, unas hablas que no los representan ni los significan, sino que rebotan en las paredes del olvido, como testimonios del horror, las pulsiones y los espantos que vivieron en los centros clandestinos de detención. Escribe Perlongher:

LADRAN LADRAN los canes que trozaron los vestidos de las hijas en el cepo torneado de la suela y con la contrasuela acariciaron glandes o sienes, llenas superficies de sílfides (cincel), arrastraron corolas por el fango del delta, con camiones de canto rodado apilaron los bultos en la sombra, penumbra enardecida por destellos de noctiluca que enloquece (el pánico) el destrozo de napas de lejía en la irreconocible pantalla de la piel, los moretones glaucos, el retazo de espejo de una córnea en la que el condenado reflejaba, alunándose, la torva mueca del error, el *liame* eléctrico, enroscado ligamen de articulaciones, retorció en su convulsión el lanoleo de las sensaciones acolchadas, anestesiadas por el embate de la puntera de charol en el estuque de la boca, saltadas perlas del reír, cincel, desperdigados dientes en el hule (154).

Para Perlongher, la democracia de Alfonsín, con esa claudicación en el terreno de la justicia que fueron las “leyes de impunidad”, quiso suprimir de la memoria los sufrimientos y los gritos de los centros clandestinos de detención. El texto descubre, con una palabra lujosamente barroca, lo que de pronto se quiso ocultar. En “El hule” Perlongher repone fragmentos de cuerpos, pedazos de frases, escenas violentas, fognazos que alumbran el horror, y une todo eso a través del *liame*, palabra portuguesa que coloca en cursiva: es la atadura, la ligadura o la corriente eléctrica que la represión le impuso a los cuerpos a través de la picana.

En Perlongher, la poesía es un collage que el escritor elabora con las palabras de los excluidos. Son las palabras que gritan los desaparecidos de la última dictadura militar, son las palabras que intercambian los hombres en las trincheras homosexuales, son las palabras que revelan de manera fugaz la homosexualidad de los gauchos y las que utilizan los villeros que planchan camisas en algún pasillo del conurbano. En todos los casos, son palabras que no tienen lugar en ninguna de las narrativas que constituyen el imaginario colectivo, no están domesticadas por la sintaxis de los medios masivos de comunicación ni por las grandes líneas de la literatura argentina, razón por la cual, al incorporarlas, palabras sueltas saturadas de pulsión, quiebran semántica y sintácticamente los versos de su poesía, engendrando, como en todo collage, un texto fragmentado.

En 1990 Perlongher empezó estudios doctorales en Francia tomando como objeto de estudio el consumo ritual de la droga de la ayahuasca por parte de la religión brasileña del Santo Daime. Muerto en 1992, Perlongher no redactó la tesis, pero sí publicó el gran libro de poemas *Aguas aéreas*, en el que plasmó, de nuevo en la palabra y por la palabra, la experiencia de la droga ritual. En una entrevista que en esa época le realizaron Horacio González y Christian Ferrer, Perlongher comenta que había pensado en hacer un estudio antropológico sobre el Santo Daime, pero que al final terminó escribiendo el libro de poemas. Entonces Horacio González le dice que evidentemente se trató de un trabajo de investigación poco serio. Más allá de lo brusco que suena este reproche, las opiniones cruzadas en la entrevista esclarecen las diferencias que existen entre la poesía y la antropología. En ambos discursos, Perlongher se ocupa de la marginalidad en tanto la comprende como el síntoma que permite explicar críticamente la sociedad. Pero en la antropología y en la poesía toma caminos opuestos. En la antropología se instala en la universidad, acto mediante el cual corta intelectualmente con su experiencia de la marginalidad, transformando la periferia en un objeto de estudio. En la poesía, en cambio, Perlongher toma la voz de los excluidos y elabora un collage textual con palabras interdictas mediante las cuales asedia el centro de la cultura. La antropología es una actividad seria, mira las cosas desde afuera; la poesía sólo es seria si mete el afuera en su interior. La antropología está emparentada con la novela realista del siglo XIX: su ética es el narrador en tercera persona, que sólo deja hablar a los excluidos mediante las prevenciones ideológicas del estilo directo. La poesía, sobre todo la de *Aguas aéreas*, está emparentada con la mística: salto irracional, oscuro como la "Noche oscura" de San Juan, mediante el cual el sujeto se deshace en el deseo y las alucinaciones de la droga. La antropología estudia lo clandestino, pero para reforzar las leyes de la cultura oficial; la poesía se hace en parte clandestina para romper esas leyes hasta donde se pueda. Si la primera toma la prostitución para formar un objeto de estudio, la segunda la emplea para deformar las lenguas sociales. La antropología mira lo Otro; la poesía hace de lo Otro su verdadera pasión.

En la entrevista con Horacio González y Christian Ferrer, Perlongher dice que la antropología usa una lengua informativa, mientras que la poesía trabaja con una palabra plena. Más allá de la universidad y la literatura, también más allá del propio Perlongher, esta diferencia entre las dos lenguas es algo que experimenta cualquier persona. Todos usamos una lengua informativa, por ejemplo en la charla cotidiana, y todos producimos palabras plenas, aunque sea en los lapsus, los chistes y en los significantes que pulsán nuestro deseo. Perlongher no es ajeno a esto que podríamos considerar la condición sine qua non del ser humano. Pero se separa del común de los mortales porque con esas dos lenguas elaboró obras admirables, como su poesía y su tesis de maestría, y también porque convirtió esa dualidad lingüística en una forma para comprender críticamente la sociedad. A partir de sus trabajos antropológicos y poéticos se puede decir que la palabra pública, la de la universidad y la del Estado, la de la radio, la televisión y la mesa pequeñoburguesa, se basa en la lengua informativa, mientras que las palabras plenas, que empalman con un deseo todavía poco articulado, se producen en la periferia de la ciudad, en los sectores marginales, en la cárcel y el prostíbulo, en los huecos de ese manto simbólico con el cual cotidianamente nos cubrimos. Con una prosa implacablemente precisa y con una máquina poética aguda para aislar, deglutir y producir palabras plenas, Perlongher elaboró una notable comprensión crítica de la sociedad y, vale decirlo, una de las obras más importantes de la literatura argentina.

Bibliografía

Ferrer, Christian (1996). "Escamas de un ensayista". Adrián Cangi y Paula Siganevich (coords.), *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 181-193.

Panesi, Jorge (1996). "Detritus". Adrián Cangi y Paula Siganevich (coords.), *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 44-61.

Perlongher, Néstor (1993). *La prostitución masculina*, Buenos Aires, Ediciones de la Urraca.

----- (1997). *Poesía completa*, Buenos Aires, Seix-Barral.

----- (1997). *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria (eds.), Buenos Aires, Colihue.

----- (2004). *Papeles insumisos*. Adrián Cangi y Reynaldo Jiménez (eds.), Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2004.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.